

Mas pocos dias despues obtuvo Carnicer la ventaja de apoderarse de Barberan, cuyo fuerte se le rindió, siendo fusilados todos aquellos de sus defensores que no consintieron en ingresar en las filas carlistas. En uno de los referidos encuentros habidos en aquellos dias hallóse Cabrera en peligro de caer prisionero. Sorprendido en Abejuela y sin tener tiempo para montar á caballo, procuró salvarse á pié, pero á la salida del pueblo, un soldado del regimiento de Valencia le asió por los faldones de la levita, cuando dando Cabrera una fuerte sacudida, se precipitó por un barranco, ocultando su presencia en las fragosidades del monte, y logrando por la noche reunirse á los suyos.

No fué mas feliz para Carnicer su tentativa de apoderarse del pueblo de Cortes, de donde fué rechazado con pérdida, desbandándose su gente diezmada á balazos por los urbanos movilizadas que habian tomado posicion en una emboscada, batida en la que perdieron los carlistas mas de doscientos hombres y el rico botin fruto de sus excursiones en la provincia de Teruel.

Los prisioneros hechos por los liberales en número de otros doscientos hombres fueron enviados á Valencia, donde los dedicaron á obras públicas, siendo otros deportados á ultramar.

Tan poco lisonjero era al finalizar el año de 1834 el estado en que se hallaban las facciones de Aragon, que apelaron al sistema de dividirse en pequeñas partidas, que se dispersaban para reaparecer de nuevo cuando á ello convidaban las circunstancias.

Entonces fué cuando Cabrera, preocupado con las dificultades con que luchaba la causa que servia, determinó marchar á Navarra con objeto de hacer conocer á don Carlos la situacion en que en aquellas provincias se hallaban sus defensores. Realizado su propósito, el futuro conde de Morella púsose en camino el 20 de diciembre acompañado de una sola persona que lo fué el comandante don Francisco García, y agitado por la penosa preocupacion de salvar los peligros de una peregrinacion que le obligaba á atravesar territorios dominados por las tropas de la Reina.

Aunque los hechos concernientes á la guerra civil que ardía fuera del territorio de las Provincias Vascongadas, Navarra, Cataluña y Aragon y demás de que nos hemos ocupado hasta ahora, tuvieron lugar antes de que comenzara el año de 1835, consideramos preferible como siendo mas claro y metódico hacerlos entrar en el cuadro de los sucesos de guerra que vamos bosquejando que separarlos para seguir el orden cronológico, en cuyo caso habria que mezclarlos con los hechos de carácter político, diplomático y administrativo, que constituyen el verdadero trazado histórico de una época que tanto abunda en acontecimientos prolijos al par que variados.

A las facciones que en Aragon pululaban, reclutándose fácilmente y dispersándose sin acabar de estar organizadas, hay que añadir en Aragon las de Forcadell, antiguo oficial del ejército; Polo, que estaba en igual caso; Arnao, que despues casó con una hermana de Cabrera, y los paisanos Vallés y Arévalo, que tambien salieron á guerrear; ninguno de los cuales, sin embargo, realizaron por entonces hechos que merezcan ser relacionados.

Tambien en Asturias y en Galicia se levantaron facciones por Mata, Villanueva, Terrero, Vals y otros cabecillas, los que del mismo modo que Villanueva y Sanchez Seoane en Galicia no lograron establecer en aquellas provincias focos permanentes de insurreccion, habiéndose reducido sus expoliadoras correrías á meros síntomas del estado general de perturbacion en que el movimiento carlista tuvo durante aquel año á las diferentes provincias del reino.

Pero ni la decision de Llauder, de la que queda hecho mérito, ni el buen espíritu de los liberales de Cataluña, bastaron para contener una primera explosion que capitanearon los antiguos partidarios Rey y Galcerán. Ambos insurrectos cayeron derrotados, pagando el primero con su vida su exagerado realismo, habiendo tenido el segundo que buscar refugio en Francia; derrotas que no bastaron á contener la audacia de otros guerrilleros que no tardaron en salir á la palestra. Fueron entre ellos los mas señalados Tristany, Llanga Ros, Buzon Villera y algunos mas que no cesaron de agitarse en la pro-

vincia de Gerona, en la de Lérida y en las montañas de las de Tarragona y Barcelona.

En Castilla, además de cuanto queda dicho concerniente á Merino, un antiguo compañero de este cabecilla intentó sin éxito asentar los reales de la insurreccion en la provincia de Zamora. Otro tanto y con mejores resultados intentóse por don Juan Manuel Balmaseda en la provincia de Soria, y no quedaron rezagados los antiguos guerrilleros Locho y Palillos que muy pronto infestaron la Mancha y los montes de Toledo; pero las operaciones de los carlistas manchegos no debian dar para su causa otro resultado que el de vejar á los pueblos y el de debilitar al gobierno, impotente para impedir ó castigar las exacciones, secuestros y robos á que aquellos forajidos no cesaron de entregarse.

Mas ruidosa y amenazadora que la de la Mancha se anunció la insurreccion del Maestrazgo. En los primeros dias del mes de diciembre de 1833 el gobernador de la plaza don Carlos Vitoria, secretamente afiliado á la bandera carlista, alzó pendones por don Carlos, proclamándolo oficialmente y entregando el mando de la plaza y de su distrito al baron de Hervés, hidalgo solariego, quien se puso al frente de la Junta por él formada, en la que entraron, entre otros eclesiásticos, el prior de San Agustín y el guardian de San Francisco. Noticioso del suceso el gobernador militar de Tortosa, don Manuel Breton, púsose inmediatamente al frente de una columna de seiscientos hombres con los que marchó decidido á recuperar la plaza. Salió de esta alguna fuerza para disputar el paso á la columna, pero tan mal mandada ó mal dispuestos se hallaron los de Morella que emprendieron la fuga al recibir las primeras descargas de los tiradores de Breton, buscando en seguida refugio al abrigo de los muros de la plaza. Regularizado que fué el sitio, no creyó el baron de Hervés poder defenderse, y aprovechando la oscuridad de la noche salió de Morella, acompañado de la Junta y de los comprometidos, tomando el camino de Calanda, interin Breton se posesionaba de la plaza en nombre de Isabel II el 10 de diciembre de 1833.

No pudo el de Hervés mantenerse en Calanda, donde fué atacado por la columna al mando del jefe Linares, á la que, aunque trató de resistir, hicieron tan débilmente los carlistas que fueron puestos en fuga, dejando el campo cubierto de cadáveres, y en poder de los vencedores la mujer y tres hijas del baron de Hervés. De resultas de este desastre hubo en el campo carlista disensiones, habiendo estado á punto de venir á las manos unos contra otros. El desgraciado baron de Hervés cayó á los pocos dias prisionero y juntamente con don Vicente Gil, comandante de los realistas de Liria, y don Carlos Vitoria, ex-gobernador de Morella, pagaron con su vida el errático cálculo que les llevó en aquellos dias de odiosas represalias á levantar bandera en favor de don Carlos.

DOCUMENTO NUM. 1

CAPITULACION DE ORBAYCETA

Capitulacion de la real fábrica de Orbayceta, de la que es director el coronel don Manuel Bayona, acordada entre los señores oficiales don Miguel Gomez, coronel de infantería y jefe de E. M. del ejército de don Carlos V en Navarra, el primer ayudante general del mismo don Juan Antonio Zariategui, y los señores oficiales del ejército de doña Isabel II, don Estéban Diaz Aguado, coronel de infantería y capitán del real cuerpo de artillería, y el subteniente del mismo cuerpo don Matías Parayuelo.

Artículo primero.—La tropa existente en la fábrica dejará las armas, conservando los equipajes, y los señores jefes y oficiales conservarán los equipajes y armas.

Art. 2.º Quedan incluidos en el artículo anterior todos los operarios y dependientes de la fábrica para conservar sus equipajes.

Art. 3.º A todos los once jefes y oficiales y demás individuos de tropa y dependientes de la fábrica que quieran salir de ella, se les facilitará pasaporte para donde lo pidan.

Art. 4.º Todos los operarios podrán quedarse continuando sus trabajos, y se quedarán tambien los once jefes del ramo

de cuenta y razon que voluntariamente quieran, para seguir la del establecimiento.

Art. 5.º Serán entregadas á un comisionado que se nombrará de las tropas de S. M. don Carlos V, las armas, cartuchería de fusil y granadas de mano (cargadas) que existen en la fábrica, entregando el competente recibo.

Art. 6.º Todos los caudales que existan en la fábrica y los que puedan recibirse, tanto pertenecientes al material como al personal, serán inviolables.

Art. 7.º Todos los once jefes y oficiales, tanto de tropa como del ramo político de artillería, que tengan que salir de la fábrica lo podrán hacer en los dias 28 y 29 del presente mes, y la tropa como mas amovible en todo el dia 28.

Art. 8.º Un individuo que existe en la fábrica pasado del ejército de S. M. don Carlos V, queda incluso en los artículos que hablan de la guarnicion.

Art. 9.º Si algun artículo admitiese duda ó interpretacion, será concebido á favor de la guarnicion.

Real fábrica de Orbayceta 27 de enero de 1834.—Miguel Gomez.—Juan Antonio Zariategui.—Estéban Diaz Aguado.—Matías Brayuelos.—Apruebo la antecedente capitulacion.—El comandante general, *Zumalacárregui*.

CAPITULO IV

Generalato de don Genaro Quesada

Sus planes de campaña.—Sus negociaciones con Zumalacárregui.—Ruptura de estas.—Las represalias.—Operaciones militares.—Acciones de Muez y de Galima.—Juicio sobre el mando de Quesada.

La guerra civil de los siete años, destinada á gastar el concepto militar de los generales que de mas reputacion gozaban, vino á poner á prueba la del honrado don Genaro Quesada, recientemente agraciado con el título de marqués del Moncayo, á quien se confirió el mando del ejército de operaciones en reemplazo del dimisionario don Jerónimo Valdés. Habíase señalado Quesada por su celo ardiente en defensa del realismo puro durante los tres años que constituyeron el segundo período del régimen constitucional. En aquella época mandó las facciones que pelearon en las provincias del Norte, servicios que le valieron al general todo el favor de Fernando VII; pero sensato y generoso no participó Quesada de los furioses de la implacable reaccion que á tantos excesos condujo, y antes al contrario formó con los Córdovas, los Eroles y mas tarde Llauder la parcialidad moderada del campo realista. Enaltecíó grandemente el carácter del marqués del Moncayo la noble conducta que observó en 1831 con la brigada de marina sublevada en la isla de San Fernando y á la que rindió en los campos de Veger. En aquella ocasion no vaciló Quesada en contraer la envidiable responsabilidad de no dar cumplimiento á la orden del gobierno para que diezmasé á los prisioneros. Tuvo la firmeza de mantener la palabra que les habia dado de concederles la vida, y temeroso de no salir con su empeño respecto á los jefes y oficiales, les facilitó la huida y los medios de buscar refugio en Tánger. Las opiniones políticas de Quesada habian progresado desde entonces; llegando á liberalizarse hasta el punto de no rechazar las doctrinas mas populares con tal que no se le hablase de la Constitucion de 1812 contra la que observaba invencible inquina.

Dejamos anteriormente hecha referencia de las desavenencias que surgieron inmediatamente despues de la muerte del Rey entre Quesada y el gabinete Zea Bermudez, y de cuyas resultas fué aquel separado del mando de la guardia real y destinado á la capitanía general de Andalucía, puesto que no quiso aceptar, pero dificultad que allanó su nombramiento para la de Castilla la Vieja. En este puesto desplegó grande energía é inteligencia contra la faccion de Merino y otros cabecillas, á los que arrojó al territorio portugués, habiendo mostrado igual actividad y celo para secundar las operaciones contra los carlistas de Aragon y de Navarra. El nombramiento de Quesada para general en jefe del ejército del Norte fué, en consecuencia, muy bien recibido por la opinion, infundiendo esperanza de que bajo su direccion la guerra variaría

Tomo VI

de condiciones. A esto se dirigieron en efecto los primeros planes del nuevo general en jefe. Véase por lo que va relacionado cuánto habian mejorado las facciones del Norte en disciplina y en cualidades militares en los pocos meses de mando que llevaba Zumalacárregui. Enteramente dueños del país los carlistas por las simpatías de la inmensa mayoría de los habitantes, no necesitaban mermar sus columnas con guarniciones ni se les importaba abandonar puntos de los que estaban seguros de posesionarse en breve. El aspecto de la guerra habia variado; el enemigo que antes corria á la proximidad de las tropas de la Reina, ahora las esperaba á pié firme, y cuando no lograba vencerlas economizaba la propia sangre para emplearla con mayor fruto.

El historiador que aspire á hacer justicia á los hombres de la época cuyas vicisitudes bosquejamos, no podrá menos de reconocer haber sido Quesada el precursor del sistema de guerra que mas tarde ilustró al general don Luis Fernandez de Córdova, y cuyo lauro tenia la fortuna guardado en reserva para que don Baldomero Espartero lo cogiese en los campos de Vergara. En efecto, Quesada tuvo el primer pensamiento de terminar la guerra civil por medio de negociaciones que, sin desdoro para el gobierno ni sacrificio de los principios que la causa de la Reina representaba, hicieran caer las armas de las manos de hermanos obcecados que inhumanamente se degollaban.

A este fin entró en relaciones con don Tomás Zumalacárregui, que habia servido á sus órdenes, y á quien acababa de rendir espontáneamente el servicio de poner en libertad á su esposa presa en Puente la Reina.

Para el mejor éxito de su generosa aspiracion buscó Quesada la cooperacion de don Miguel de Zumalacárregui, hermano del general carlista, antiguo diputado á las Constituyentes de Cádiz y consecuente liberal. El objetivo de Quesada no iba mas allá de tranquilizar á los vascongados sobre el mantenimiento de sus fueros y de garantizar á los jefes y oficiales que habian alzado bandera de rebelion, la conservacion de sus grados, empleos y honores, abriéndoles la puerta para mayores adelantos.

A mucho mas visaba el levantado espíritu del caudillo carlista. Habíase propuesto fundar su gloria en el triunfo de una causa que por ser popular en las provincias de su mando creia poder imponer al resto de las de España; esperanza que, si bien exagerada, no era del todo absurda, cuando una gran parte de la nacion aclamaba aquella bandera á la que la temprana muerte del caudillo navarro privó en gran parte de las probabilidades de triunfo con que este se lisonjaba.

No es necesario decir mas para que desde luego se comprenda que las negociaciones abiertas por Quesada no podian realizar el generoso propósito del patricio honrado que las inició. Llevado del pensamiento que acaba de ser indicado dirigió el general su primera carta á Zumalacárregui, á la que este contestó en términos evasivos y con la evidente intencion de ganar tiempo. Volvió á estrecharle Quesada con palabras amistosas, proponiéndole una entrevista á la que tampoco accedió el jefe carlista alegando frívolos pretextos. La correspondencia entablada fué agriándose por grados hasta el extremo de que por parte de Zumalacárregui no quedase duda de que no queria tratar, produciendo este resultado sobre el franco y levantado espíritu de Quesada una irritacion que agotó su paciencia y lo condujo á apelar á las armas con la energía que le era habitual.

La astucia y sagacidad, cualidades dominantes en un jefe de partido, no abandonaron á Zumalacárregui en el importante paso de sus negociaciones con Quesada. Quiso cubrir con la opinion del ejército de su mando el desenlace que se habia propuesto dar al asunto, y reuniendo á sus principales jefes, leyóles las cartas de Quesada y sus contestaciones, pidiendo el consejo y parecer de sus compañeros para la resolucion de negocio de tanto empeño. No era dudoso que la mayoría de la oficialidad carlista, entusiasmada por las parciales ventajas que habian comenzado á obtener, y ebrios de esperanza de futuros triunfos, propendian á la continuacion de la guerra; pero tampoco es dudoso que el ascendiente de Zumalacárregui habria sido mas que suficiente para inclinar la delibera-